

R. PORTAL, *Les Slaves. Peuples et nations*, París, A. Collin, 1965, con una buena bibliografía.

Cf. también:

A.-G. MEYER, *Lénin et le léninisme*, París, Payot, 1966.

CAPÍTULO VII

EL MUNDO SOCIALISTA Y LA SEGUNDA INTERNACIONAL (1889-1914)

1. LA REORGANIZACIÓN DE LA INTERNACIONAL
2. LAS PRIMERAS DIFICULTADES DE LA INTERNACIONAL
3. LA INTERNACIONAL ANTE LOS PROBLEMAS POLÍTICOS INTERNACIONALES

La vida de los grandes partidos nacionales, que toman su impulso en los últimos decenios del siglo XIX, sería ininteligible si no se tuviese en cuenta el papel de la Segunda Internacional, reconstruida en 1889, y cuyos congresos se celebraron hasta las vísperas de la guerra de 1914. Los dirigentes socialistas encontraron en estas reuniones una tribuna en la que podían plantear los propios problemas, oponer sus puntos de vista, y definir en común soluciones teóricas o normas de acción que pasaban a ser moralmente obligatorias para los partidos afiliados. Con todo, la Segunda Internacional se distingue de la Primera en que no trató de intervenir directamente en la vida de los partidos nacionales, cuya autonomía respetaba enteramente; actuaba no por órdenes, sino por consejos. Y se ha podido escribir que «a pesar de su importancia fue tan sólo una federación de agrupaciones nacionales, poseyendo posibilidades reducidas para realizar la unidad de sus elementos constitutivos». La existencia de opiniones discrepantes era no sólo tolerada, sino respetada como emanada de la naturaleza misma del socialismo. Lo cual no quiere decir que la Segunda Internacional no tuviera una constante preocupación de unidad y de cohesión. ¿Diversidad nacional o unidad internacional? Estos dos términos expresan el uno y el otro de los aspectos cambiantes de la Internacional. Ch. Rappoport podía es-

cribir en 1910, después del Congreso de Copenhague: «Las fuerzas que componen la Internacional son de orígenes muy diversos. Las naciones que la componen viven en condiciones políticas, económicas, intelectuales y morales enteramente variadas... Y hay que dar a esta verdad infinita una sola dirección general, la dirección socialista. De ahí las dificultades innumerables.»

1. LA REORGANIZACIÓN DE LA INTERNACIONAL

Pese a las diversas tentativas iniciadas, principalmente bajo la influencia de socialistas belgas o suizos, «nostálgicos de la Internacional» —conferencias de Coire en 1881, de París en 1883—, la Internacional no se reconstituye más que en 1889. Estas demoras se explican por la actitud de Marx y Engels, quienes estimaron que el problema primordial era formar partidos nacionales poderosos y coherentes, y también por la pluralidad de sistemas socialistas que hacían aleatoria la reconstitución de una Segunda Internacional, destinada a sucumbir a las mismas contradicciones que la Primera. El marxismo, en efecto, sólo había triunfado en el seno de dos partidos socialistas, el alemán y el austríaco. En Francia se hallaba en concurrencia con numerosos movimientos más conformes a los gustos del socialismo francés y en Gran Bretaña a las tradiciones trade-unionistas; y aún debía tener en cuenta la corriente anarquista y neobakuninista, que seguía siendo muy influyente en los movimientos revolucionarios europeos.

Los anarquistas se oponen a toda especie de compromiso con la vida parlamentaria y estiman completamente inútil la votación de una legislación del trabajo. Al juzgar incompatible con la libertad individual la existencia del Estado, piensan que la destrucción del mismo es el primer objetivo a perseguir. Desde la desaparición de Bakunin, el principal teórico es el príncipe Kropotkin, quien, tras una brillante carrera en la corte de Rusia, hizo conocimiento con numerosos anarquistas franceses e italianos, y desde 1878 venía publicando en Suiza «Le Révolte». Después de haber sido condenado por un tribunal francés por pertenecer a la Primera Internacional, residió en Gran Bretaña, país en el que desarrolló, en un gran número de obras, como *L'Aide mutuelle*, un anarquismo comunicante, muy distinto del anarquismo individualista de la generación precedente.

Pero donde el anarquismo tiene más predicamento es en Italia. Sin embargo, tras el fracaso de las tentativas de insurrección de Bolonia (1874) y de San Lupo (1887), algunos anarquistas, como A. Costa y después A. Cipriani, se orientan hacia el socialismo legal, defendido en Milán por E. Bigami en su periódico «La plebe». El anarquismo sigue siendo profesado por Saverio Merlino y sobre todo por E. Malatesta, quien publica su *Questione sociale*, primero en Italia y después, tras su tentativa de sublevar Nápoles con ocasión de una epidemia de cólera en 1885, en Argentina. En Italia existen numerosas agrupaciones anarquistas, en Toscana, en la Romaña, en el Mezzogiorno, pero sin nexo efectivo entre sí.

En España, las agrupaciones anarquistas organizadas por Fanelli actúan en la clandestinidad tras el fracaso de la revolución de 1873. Más tarde se reconstituye una Federación Regional de Sindicatos, pero se manifiestan oposiciones entre los catalanes que ponen el acento en la acción sindical y los andaluces, partidarios de la acción directa contra los terratenientes y los funcionarios. Fueron los crímenes terroristas perpetrados a la sazón en la región de Jerez los que dieron nacimiento al mito de la «Mano Negra». Existe, sin embargo, cierto número de socialistas madrileños que rechazan el anarquismo y se agrupan en torno al periódico «El Socialista» y a la notable personalidad del tipógrafo madrileño Pablo Iglesias, el cual se propuso dar al Partido una dignidad y moralidad excepcionales. La organización política fue completada en 1888 por la creación de una Unión General de Trabajadores (U.G.T.), que se desarrolló en las regiones de concentración industrial, como Asturias y Vizcaya; pero es en Cataluña donde la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.), reconstituida en 1910 sobre la base del anarcosindicalismo, encuentra su vasta clientela.

Aparte de estos dos países, en los que el desarrollo del pensamiento anarquista debe ser situado en relación con el carácter precapitalista de la economía y la existencia de una vasta intelectualidad desclasada, es en Holanda donde el anarquismo tiene la mayor influencia, gracias a la personalidad de D. Nieuwenhuis, quien extrae sus argumentos del Antiguo Testamento y prosigue en el Parlamento de La Haya, así como en su periódico «El derecho para todos», una viva agitación internacional, antimilitarista y antiparlamentaria; este

pastor luterano enseña que los sindicatos deben organizar ellos mismos su emancipación, por la violencia si ello es necesario.

En los otros países, si bien el anarquismo es a menudo profesado por notables personalidades, no constituye más que agrupaciones insignificantes. En Francia, tras su ruptura con los guesdistas en 1880, los anarquistas forman una cincuentena de grupos aislados, a los cuales una prensa a menudo bien redactada («Le Révolte», de J. Grave, «Le Père Peinard», de Pouget) sirve de agente de enlace y de coordinación. La crisis económica de los años ochenta incita a estos anarquistas a actos de violencia o de acción individual pero sin alcance real.

Entre el 14 y el 21 de julio de 1889, se celebran dos congresos simultáneos en París, con ocasión del centenario de la Toma de la Bastilla. El primero, suscitado por los posibilistas franceses y los trade-unionistas británicos, el segundo por los guesdistas. A los socialdemócratas alemanes no les fue posible allanar la diferencia inicial. Los posibilistas se reúnen en un local de la calle Lancry, los guesdistas en la sala de la calle Pétrelle. A pesar de que el número de participantes al primero de estos congresos es superior, es del segundo de donde surgirá la Segunda Internacional. En éste, además de Guesde y los dos yernos de Marx, Longuet y Lafargue, están presentes el blanquista Vaillant y el anarquista S. Faure, los alemanes Liebknecht y Bernstein, el belga César de Paepé, los británicos Keir Hardie y W. Morris, los italianos A. Costa y Saverio Merlino, el austriaco V. Adler y el español P. Iglesias. A decir verdad, en el curso de este primer Congreso no se planteó en absoluto la cuestión de dar al nuevo movimiento internacional obrero una organización rígida, lo que por otra parte Engels desaprobaría; hasta mucho más tarde no se establece un inicio de organización. Federación de partidos, de sindicatos y de grupos nacionales autónomos, rehúsa darse una estructura centralizada y prevé solamente la celebración trianual de congresos que se denominarán «Futuros Parlamentos del Proletariado». Por contra, desde el Congreso de París, surgen polémicas que prosiguen en el transcurso de los congresos siguientes sobre la necesidad de una legislación social, sobre la conquista del sufragio universal, sobre el paro del 1.º de Mayo. El problema esencial que se le plantea inmediatamente a la Segunda Internacional es saber si el mundo obrero debe poner el acento sobre la emancipación económica de los trabajadores o sobre la conquista del poder

político. Es éste el problema que durante casi diez años opone los anarquistas a los marxistas.

2. LAS PRIMERAS DIFICULTADES DE LA INTERNACIONAL

En los primeros congresos a los que fueron invitados todas las organizaciones políticas o sindicales, los anarquistas eran muy numerosos; éstos, al negar a los obreros toda participación en la vida política, crearon inmediatamente graves dificultades. Ni el Congreso de París en 1889, durante el cual los anarquistas fueron expulsados tras violentos altercados, ni el de Bruselas en 1891 fueron capaces de resolver la cuestión. Por contra, el Congreso de Zurich (1893) tomó la decisión de prohibir de allí en adelante la participación en los congresos a los delegados que no reconocieran la necesidad de la organización obrera y de la acción política, es decir, el empleo del aparato legislativo: combatida por el anarquista alemán G. Landauer, esta decisión fue aprobada por una fuerte mayoría; pero no pudo impedir que los elementos anarquistas acudieron, en 1896, al Congreso de Londres. En éste la situación era tanto más delicada por cuanto, además de que los anarquistas franceses se habían comprometido por el empleo de la violencia y los atentados terroristas cometidos entre 1892 y 1894, se había desarrollado en el mundo obrero una corriente anarcosindicalista que prevalecía en particular en el seno de la Federación de las Bolsas del Trabajo. En el Congreso de Londres, en el curso de debates tumultuosos, se opusieron tres tendencias: la de los anarquistas —Malatesta, Nieuwenhuis, la communarde Luisa Michel— y anarcosindicalistas, quienes, con el francés J. Tortelier, abogaron por la causa del antiparlamentarismo y la huelga general; y la de los partidarios de la tolerancia respecto a todas las opiniones, sostenida por el británico Keir Hardie; la de la expulsión de los anarquistas, defendida por los socialdemócratas alemanes, y en particular por Bebel, para quien únicamente el régimen parlamentario permitiría un día a la clase obrera acceder al poder. En la votación, 17 naciones se pronunciaron por la exclusión, 2 solamente en contra, a saber, Francia y Holanda. Aunque por débil mayoría, esta votación puso fin prácticamente a la acción de los anarquistas en el seno de la Internacional.

Al problema que plantea la participación obrera en la vida política iba ligada la cuestión del paro el 1.º de Mayo. La idea de no trabajar durante la jornada del

parte política

1.º de Mayo, con vistas a conquistar la jornada de ocho horas, suscitada desde 1884 en numerosos congresos norteamericanos, fue desarrollada en 1889 ante el Congreso de París por un sindicalista francés, R. Lavigne. Se decidió que cada país organizaría, el 1.º de Mayo siguiente, manifestaciones compatibles con la legislación existente. El 1.º de Mayo de 1890 dio lugar en muchas capitales a manifestaciones impresionantes, en particular en París y Viena, a pesar de un increíble despliegue de fuerzas de policía y las sanciones verificadas contra los huelguistas. El año siguiente, las manifestaciones volvieron a tener lugar, siendo objeto en Fourmies, en el norte de Francia, de un verdadero *masacre*. Hubo, sin embargo, un país que rehusó sumarse al movimiento del 1.º de Mayo, Alemania, en donde los socialdemócratas arguyeron que seguían amenazados por la reacción y que no podían permitirse provocaciones que podían costarles la institución del sufragio universal. Y si bien el Congreso de Zurich hizo el paro de 1.º de Mayo una obligación para la clase obrera, los alemanes no modificaron su actitud. Antepusieron ya la acción política.

3. LA INTERNACIONAL ANTE LOS PROBLEMAS POLÍTICOS INTERNACIONALES

A partir de 1900 los congresos de la Internacional cobran una amplitud mucho mayor de la que venían teniendo hasta entonces. Apoyados hasta fines del siglo en una especie de mesianismo ingenuo, en la convicción de que los días del capitalismo estaban contados, que la crisis del sistema era inminente, los primeros congresos sólo se preocuparon de preparar la clase obrera con vistas al último asalto. Y también a partir de 1900, los miembros de la Internacional son conscientes de que la revolución esperada no se ha producido y que acaso no está cerca de producirse, que se hallan en presencia de un período de crecimiento del capitalismo, de subida de precios y de evolución técnica acelerada; por otra parte, representan a partidos nacionales influyentes y a veces poderosos que participan en los trabajos de las asambleas legislativas. «El socialismo ha atravesado su período romántico para entrar definitivamente en su fase experimental»: esta constatación de un publicista en 1902 revela bien el cambio que se ha producido. Los problemas abordados serán en lo sucesivo los que plantea la situación del

socialismo en el mundo. ¿Cuál será su papel en el Estado parlamentario? ¿Cómo reaccionará ante la división del mundo y a las amenazas de conflictos internacionales? ¿A qué medios recurrirá para proteger la paz? Es el propio Lenin quien constatará en 1907 que los congresos de la Internacional se han convertido en «asambleas de trabajo que ejercen un influjo profundo en el carácter y orientación de la actividad socialista en el mundo entero».

La Internacional y el revisionismo

Apenas hubo quedado resuelta la cuestión anarquista, a la Internacional se le planteaba la de la colaboración con los partidos burgueses, reclamada por los medios revisionistas. La entrada de A. Millerand en el gabinete Waldeck-Rousseau, la condena de la doctrina de Bernstein por el Congreso de la Socialdemocracia Alemana de Hannover (1899), la división que se manifiesta en el seno del Partido Socialista italiano, fundado en 1892 entre revolucionarios y gradualistas, y la obligación en que se halla su líder, F. Turati, de hacer votar en el Congreso de Roma en 1900 dos programas, el uno mínimo y el otro máximo, son otras tantas crisis que obligarán a los miembros de la Internacional con ocasión de su Congreso de París (1900) a incluir en el orden del día la cuestión del revisionismo. La ofensiva contra los partidarios del «ministerialismo» fue conducida por J. Guesde, así como por el criminalista italiano E. Ferri, adversario del reformista F. Turati, en nombre del marxismo ortodoxo; pero ambos tropezaron con la oposición del alemán Kautsky y el belga Vandervelde/los cuales, preocupados por no agravar el conflicto que se había manifestado en el seno de los socialistas franceses, hicieron aprobar, por 28 votos a favor y 9 en contra, una moción más matizada y sutil —se la ha llamado la «moción caucho»— que, aun admitiendo la condena del revisionismo y del participacionismo, aceptaba que la entrada de un socialista en un Gobierno burgués podía ser considerada como un expediente «forzado, transitorio y excepcional». Se rememoraba que «en un Estado democrático moderno, la conquista por el proletariado del poder político no podía ser el resultado de un golpe de mano, sino antes bien de un «largo y penoso trabajo de organización del proletariado en el terreno económico y político». Ahora bien, era evidente que esta moción oportunista no podía ser considerada como una solución verdadera de este importante problema.

Por lo tanto, la discusión se reanudó con ocasión del Con-

greso de Amsterdam (agosto de 1904). Con la fórmula adoptada por el Congreso de la Socialdemocracia Alemana en Dresde (1903) respecto a Bernstein, los guesdistas trataron de obtener en Amsterdam una condena formal del revisionismo, válida para todos los países europeos. El punto culminante del debate fue el duelo Jaurés-Bebel. El primero, estimando que una «vinculación exclusiva a la lucha de clases no podía conducir más que a la esterilidad política» y que podía obtenerse mucho por la vía parlamentaria, preocupado por salvaguardar la posibilidad de un apoyo al gabinete Combes que él preconizaba en su periódico «L'Humanité», atacó vivamente los métodos guesdistas, y, de rechazo, a la socialdemocracia alemana que disimulaba su inacción bajo la intransigencia de fórmulas teóricas: «En este momento —declaró—, lo que pesa sobre Europa y sobre el mundo es la impotencia política de la socialdemocracia alemana.» Ésta, según él, no tenía tradiciones revolucionarias, y por otra parte el sistema constitucional alemán jamás le permitiría representar en el Parlamento un papel decisivo. A lo cual Bebel respondió que la República francesa era un Estado de clases como lo era el Imperio alemán, y que bien miradas las cosas, la socialdemocracia era a la sazón el único Partido en Europa que podía esperar un día conquistar el poder por la vía legal; importaba, pues, a los socialistas alemanes el no comprometer por violencias inoportunas un resultado que se podía obtener por la constante progresión del número de diputados en el Reichstag. Este conflicto terminó con la victoria de los alemanes; y la resolución de Dresde, a pesar de la defensa de Adler y de Vandervelde, fue aprobada por 25 votos a favor, 5 en contra y 12 abstenciones: «El Congreso condena enérgicamente las tendencias revisionistas encaminadas a cambiar nuestra táctica victoriosa basada en la lucha de clases.»

De hecho, la derrota del revisionismo en el seno de la Internacional era más aparente que real. Preocupado por restablecer la unidad en el seno de los partidos socialistas divididos, el Congreso de Amsterdam insistió en que se realizara la reconciliación entre Guesde y Jaurés; unos meses después logró que se constituye la Sección Francesa de la Internacional Obrera, la cual concilió en su seno la tendencia guesdista y el reformismo jauresiano. Y así como en la socialdemocracia alemana las concepciones de Bernstein, pese a la condena de que han sido objeto, iban cobrando terreno de día en día, así también el Partido Socialista francés se fue dejando «contaminar» por el espíritu de la democracia representativa y parlamentaria. Igual cabe decir del socia-

lismo italiano, en el que Giolitti, en el transcurso de su dilatada carrera política, aplica la habitual técnica del trans-formismo y al que insta a intervenir lo más posible en la vida política como partido legal, ofreciendo incluso en 1903 una cartera a Turati, y en 1911 a Bonomi, manejando a maravilla el grupo parlamentario, sin por ello ganar la confianza de las masas y sin tratar de resolver el grave problema del Mezzogiorno. Al luchar, a menudo al lado de la izquierda burguesa, para obtener reformas concretas e inmediatas, los socialistas se integran por todas partes en el sistema, relegando a un último plano el programa revolucionario de una conquista del poder por la fuerza, que cada vez les parece más problemática.

Igualmente fragmentarias y pesadas son las soluciones de compromiso que la Internacional aporta a los conflictos coloniales e internacionales que sus congresos están llamados a evocar.

La internacional y la cuestión colonial

Pese a que la igualdad de razas fue en todos los tiempos una de las principales afirmaciones del socialismo internacional, y que éste tomara posición, medio siglo antes, por los Nordistas en su lucha contra el esclavismo, la Segunda Internacional manifestó cierta reticencia y mucha impericia en la manera que abordó la cuestión colonial. Preocupada por la guerra de los boers, sobre la cual por otra parte los socialistas británicos se hallaban divididos —Keir Hardie había tomado posición contra el Gobierno, los fabianos y Blatchford en favor del mismo—, sorprendida por las declaraciones de Bernstein y de los redactores colonialistas de las *Sozialistische Monatshefte* a propósito de Kiao Tcheu y de la penetración de las potencias en China, la Internacional incluyó por primera vez estas cuestiones en el programa de su Congreso de París, en 1900. En él intervino el especialista neerlandés Henri van Kol, ingeniero, que había pasado buena parte de su vida en Java y estimaba que correspondía a Europa, revisión de sus métodos coloniales, acelerar el progreso material de los países coloniales. A esta tesis la mayoría se limitó a oponer una especie de anticolonialismo ético, en el que prevalecía la idea de la lucha contra el racismo y la opresión. Los debates fueron más numerosos en el Congreso de Amsterdam, en 1904, en el que Hyndman pronunció una requisitoria contra la administración británica de la India —«Nosotros fabricamos deliberadamente el ham-

bre para nutrir la avidez de las clases prósperas en Gran Bretaña—, pero no llegaron a un resultado más preciso.

En este terreno los acontecimientos más notables fueron el desarrollo, en Francia, de una campaña anticolonialista en torno a los sucesos del África negra (libro de P. Louis sobre el colonialismo, artículos de P. Rouannet en «L'Humanité» sobre el Congo), y sobre todo los debates que tuvieron lugar en el seno del Partido Obrero Belga, cuando Leopoldo II hizo saber que estaba decidido a donar a Bélgica su dominio privado del Congo: de entre los líderes del Partido Obrero Belga, unos, como E. Anseele, se pronunciaron por su internacionalización; otros, como E. Vandervelde, por la aceptación de la donación bajo control parlamentario efectivo; y la mayoría, dirigida por L. de Brouckère, por el abandono puro y simple: «ni un hombre ni un céntimo ni un voto para las colonias», declaró «Le Peuple» en 1907. En el Congreso de Stuttgart, en cuyo orden del día figuraban estos problemas, se manifestaron las tesis más opuestas: la del revisionista alemán E. David, que acogía la idea colonizadora como un elemento integrante del objetivo universal de civilización perseguido por el socialismo —«Sin colonias —decía— seríamos semejantes, desde el punto de vista económico, a China—; la de los amigos de Van Kol, que deseaban, sin negar el hecho de la colonización, elaborar un programa que condujera los pueblos inferiores a la independencia; y la de L. Brouckère y Kautsky, quienes definían el colonialismo como la forma degradada del capitalismo en período imperialista. Finalmente, el Congreso aprobó, pero tan sólo por 127 votos a favor y 108 en contra, el orden del día de Kautsky, que señalaba a los partidos socialistas el deber de combatir bajo todas sus formas la explotación colonial. Estas deliberaciones y estos votos revelaban que la Internacional no tenía más que una comprensión parcial del fenómeno colonial y del papel que podía desempeñar en la estrategia revolucionaria venidera. Este aspecto del problema lo verá, pero al margen de la Internacional, Lenin y el grupo de los «tribunalistas» neerlandeses en torno a Pannekoek.

La impotencia en que se hallaban los socialistas de plantear de una manera clara la cuestión nacional aparece particularmente con ocasión de la guerra de Tripolitania en 1911. La hostilidad del Partido Socialista italiano se expresó de forma ideológica y sentimental, pero no se basaba en absoluto en un análisis riguroso del colonialismo. Contra Turati, adversario de la idea colonial y que declaraba a d'Annunzio, a propósito

del ahorcamiento de soldados árabes: «Una cosa nos separa irremediamente de ustedes: ¡El asco!», contra G. Salvemini, quien estimaba la expedición de Libia contraria a los intereses italianos, se agrupaba cierto número de reformistas, como L. Bissolati y L. Bonomi; los cuales no querían poner en tela de juicio, por una oposición sistemática, la reciente adquisición del sufragio universal, así como ciertos sindicalistas, como Arturo Labriola. El Congreso de Reggio de Emilia en 1912 decidió la expulsión de estos «colonialistas» a propuesta de B. Mussolini, director a la sazón del órgano socialista «Avanti».

La Internacional y la guerra

Para la Internacional el problema de la guerra fue con mucho el más espinoso, sobre todo si se tiene en cuenta que hasta 1904, por no haber verdadera amenaza de conflicto, venía siendo tratado de una manera harto académica. Y en buena parte, para estar en situación de hacer frente a los problemas de política internacional, la Segunda Internacional se dio un andamiaje administrativo: un Buró Socialista Internacional (B.S.I.) con tres delegados por Estado; un Comité Ejecutivo constituido por la delegación belga (Vandervelde, Anseele, L. Bertrand), y un Secretariado que, dirigido por el belga C. Huysmans, asumía una tarea considerable y reunión anualmente a los principales representantes de los partidos nacionales.

La más importante personalidad de la Internacional en aquellos años fue el líder del Partido Obrero Belga (P.O.B.), Emile Vandervelde. Este Partido, fundado en 1885, debía su notable eficacia, de la que dio pruebas al conquistar mediante la práctica de la huelga el sufragio universal en 1893, a algunas personalidades de primera fila, como César de Paepe, el cual había insistido sobre la importancia de la organización comunal, L. Bertrand, E. Anseele y L. de Brouckère, quienes habían fundado una serie de cooperativas, de mutualidades y de casas del pueblo (Vooruit en Gante, Casa del Pueblo en Bruselas), creando en el seno del movimiento obrero una poderosa ola de solidaridad y una auténtica inculcación a la ideología socialista. Influenciado por el medio obrero en el cual había vivido, Vandervelde, que seguía criticando al marxismo y cuvo pensamiento era más afín de Bernstein y Jaurés, negó que las clases medias tuviesen que ser

eliminadas por el gran capitalismo y contaba con las mejoras otorgadas por la legislación social.

Tras el Congreso de Amsterdam, que se desarrolló bajo el signo de la guerra ruso-japonesa, se celebró el de Stuttgart (1907) en el que tuvieron lugar los debates más apasionados. Desde hacía algunos años se venía discutiendo vivamente, en particular en Francia y Alemania, sobre las condiciones de una propaganda antimilitarista y sobre los medios de impedir la guerra; los socialistas veían en ella unánimemente un fenómeno derivado del capitalismo, pero estaban divididos acerca de los métodos de combate. Ya en el Congreso de Amsterdam se puso de manifiesto entre los alemanes y los franceses un antagonismo a propósito del problema de la huelga general política; mientras que Jaurés, que deseaba conservar las relaciones con los medios sindicalistas, defendía dicha huelga con talento, los alemanes argüían una vez más que ella amenazaba con comprometer durante años un precioso trabajo de organización; y la cosa no pasó de una moción, propuesta por la delegada holandesa H. Roland Holst, la cual distinguía entre la huelga general, rechazada, y la huelga de masas, que en ciertos casos extremos podía ser utilizada. En Stuttgart, el problema de la huelga general, al que los acontecimientos de la revolución rusa de 1905 dieron una nueva actualidad, fue encarado bajo el signo de la lucha contra la guerra. Fueron presentadas en efecto tres mociones, una virulenta, del antimilitarista Hervé, otra más matizada, de Vaillant y Jaurés, pero que preconizaba igualmente, en caso de guerra, el recurso a la huelga general y a la insurrección armada; y la tercera provenía de la delegación alemana, que, aun cuando insistía en la necesidad de oponerse a los armamentos, evitaba enumerar los medios prácticos de lucha contra la guerra. Bebel trató de demostrar, por un lado, que el Gobierno alemán no deseaba la guerra y, por el otro, que toda llamada a la deserción acarrearía por parte del Gobierno una represión que desembocaría en el aniquilamiento del Partido: «correspondía —decía— a cada país el conservar su total libertad para hacer, en caso de guerra, lo que le pareciera más eficaz». La llamada a la deserción, añadía, era por otra parte completamente imposible en Alemania. El antimilitarismo de Hervé era tan contrario al espíritu de la Internacional como antaño el anarquismo de Domela Nieuwenhuis. Estas opiniones, agravadas por las de V. Vollmar, provocaron por parte de los delegados franceses vivas réplicas: «Si la socialdemocracia no tiene otra cosa que ofrecernos más que a Bebel, me temo —declaró Hervé—

que nuestro internacionalismo no sea más que una engañifa para el proletariado.» Tras estos penosos debates, se pusieron de acuerdo sobre un texto de compromiso, que no encaraba ni la huelga general ni una llamada a la deserción, sino que, bajo una forma general, invitaba a todos los países, en caso de guerra, a la acción para hacerla cesar prontamente y a «utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar y sublevar a las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista». En un discurso que pronunció poco tiempo después en París, Jaurés trató de dar una significación precisa al término de agresor, al designar con este nombre a quien rehusara el arbitraje internacional.

El Congreso de Stuttgart terminó sin que se previeran las respuestas del proletariado al estado de guerra. El problema volvió a replantearse con ocasión del Congreso de Copenhague (1910), pero una vez más la solución propugnada por Keir Hardie y Vaillant —huelga general en las industrias de armamento, las minas y los transportes— tropezó con la oposición de los delegados alemanes, sostenida por el italiano Morgari; combatida por los violentos ataques de Hyndman contra la política alemana, fue rechazada por una fuerte mayoría. Con todo, el Congreso decidió confiar el examen del asunto al B.S.I., el cual lo remitió al Congreso de Viena previsto para 1913.

Este Congreso no tuvo lugar. Sin embargo, ante la agravación de la situación internacional debida a la guerra italo-turca y después a las guerras balcánicas, el B.S.I., reunido en Bruselas en noviembre de 1912, juzgó necesario convocar un Congreso extraordinario que se celebró en Basilea en el curso del mes siguiente y que puso de relieve la pujanza de acción del proletariado en favor de la paz. Este Congreso dio lugar a una inmensa manifestación que se desplegó a través de toda la ciudad; y Jaurés pronunció en la catedral, puesta por el clero protestante a disposición de la Internacional, un discurso que produjo en miles de auditores una profunda impresión: «Llamo a los vivientes —dijo, inspirándose en *La canción de la campana*, de Schiller— a que se defiendan contra el monstruo que aparece en el horizonte; lloro a los innumerables muertos que yacen allá, hacia el Oriente, cuyo hedor llega hasta nosotros como un remordimiento; yo rompería los rayos de la guerra que amenazan en las nubes. Sí, he oído esta palabra de esperanza. Pero esto no basta para impedir la guerra. Se necesita toda la acción conjunta del proletariado mundial.»

El trabajo del Congreso había sido preparado por un notable informe del B.S.I., redactado por el austriaco Adler, el francés Jaurés y el británico Keir Hardie: preveía la constitución de una federación balcánica que no excluiría a ningún pueblo, ni siquiera a los turcos y los albaneses; invitaba a los proletariados de la Doble Monarquía a oponerse a una guerra de subyugación de Servia, a los socialistas rusos a combatir la doctrina paneslava, a los proletarios de todos los países a presionar a sus gobiernos para que se mantengan al margen de los conflictos balcánicos. «El proletariado —concluía este manifiesto— es consciente de ser en este momento el portador del futuro de la humanidad.» Pero, a pesar de las iniciativas de Keir Hardie y de Vaillant, no se tomó decisión alguna susceptible de preparar un levantamiento de las fuerzas obreras de la Internacional en caso de amenaza de guerra.

De hecho, hay en los últimos años que preceden a la guerra un malestar en el seno de la Internacional, debido a la inquietud en que ésta se halla respecto a la socialdemocracia alemana. ¿Cuál será la actitud de ésta en caso de guerra? Uno de los mejores especialistas de las cuestiones alemanas, el socialista Ch. Andler, pretende que la socialdemocracia no se separará de la dinastía de los Hohenzollern y que votará los créditos militares; Jaurés le responde con indignación en «L'Humanité». Pero Jaurés ¿está seguro de tener razón? En sus conversaciones privadas, admite que el socialismo internacional no está lo suficientemente armado como para hacer frente a sus obligaciones en caso de guerra. Y es precisamente este temor el que justificará los acontecimientos de julio y agosto de 1914. Lo cual significa, sin embargo, que los miembros de la Internacional creían inevitable la guerra: según el informe del delegado holandés Vliegen, en el Congreso de Viena de 1914, la imbricación de los intereses del capitalismo moderno constituía una de las barreras más sólidas contra la guerra.

La Internacional en 1914

Pese a que la Internacional hizo triunfar constantemente, en el curso de los últimos congresos, su voluntad de unión, y que veló por hacer respetar la coexistencia de las diversas tendencias, discernimos en su seno, así como en los partidos socialistas europeos, cierta tendencia a la disociación, que conduce al B.S.I., sobre todo desde 1905, a multiplicar sus buenos oficios entre las tendencias rivales. En todos los grandes problemas que debe abordar, el socialismo inter-

nacional se ve dividido entre una derecha revisionista y reformista, a la que la dirección de los partidos, incluso si se precian de ortodoxos y marxistas, hace concesiones cada vez más amplias, y una izquierda, por otra parte heterogénea, pero que proclama su fidelidad a la tradición revolucionaria. El B.S.I. trata de impedir el estallido de los partidos nacionales y preconiza la unificación, a los socialistas británicos en 1913, a los partidos revolucionarios rusos en 1914.

Mucho más grave es en efecto para el socialismo internacional la contaminación de los partidos europeos por el nacionalismo. Que este nacionalismo penetrara fácilmente allí donde se planteaba la cuestión de las nacionalidades como en Austria-Hungría, tal es lo que muestran los debates en el Congreso de la Internacional en Copenhague en 1910. Pero hizo igualmente su aparición en los otros países, ya bajo el signo del revisionismo, que da un asenso a veces entusiasta al imperialismo como tal fue el caso de Alemania, ya, como en Francia o en Italia, a través de ciertas formas del sindicalismo antiparlamentario. En Francia, G. Sorel y su discípulo G. Berth se separan hacia 1907 del sindicalismo revolucionario para aproximarse a la extrema derecha, a la que se asocian en sus diatribas contra los políticos corrompidos y los tribunos humanitarios: en las revistas «La Cité française» y «L'Indépendance», se halla definido un socialismo nacional, que se sitúa bajo el signo de Proudhon, pero que desemboca de hecho en el antisemitismo y la reacción. La influencia de Sorel es patente en numerosos sindicalistas y socialistas italianos quienes, sobre todo después de la guerra de Tripolitania, abandonan sus ideales pacifistas para invocar la teoría de la «nación proletaria», según la cual el nacionalismo es la sola esperanza de emancipación en el seno de un mundo capitalista que le oprime; en este sentido van los acentos de Corradini y d'Annunzio en la revista «La Lupa», dirigida por P. Orano, en la que colabora Arturo Labriola. Uno de los más notables representantes de esta tendencia fue el sociólogo R. Michels, colaborador de las grandes revistas socialistas de su tiempo y que, tras una crítica particularmente penetrante de la socialdemocracia, se convirtió en el campeón del nacionalismo contra la democracia y el pacifismo.